

No hay muchas instituciones científicas en España que puedan presumir de cumplir 240 años. Ni mucho menos. La realidad es que dedicarse a la ciencia en nuestro país es algo bastante complicado y aun centros que basan parte de su actividad en la difusión científica al público, como lo es un Museo Nacional de Ciencias Naturales, no están libres de dificultades de todo tipo.

La iniciativa de Su Majestad Carlos III en 1771 de abrir un Real Gabinete de Historia Natural estaba en consonancia con sus tiempos, pero no por ello dejaba de ser algo innovador. Podemos considerar que su apertura, que ahora conmemoramos, fue aún más novedosa puesto que permitía la visita a todo tipo de público. Desde un primer momento se utilizaron criterios científicos para la ordenación y presentación de aquellas colecciones, impulsados por los conocimientos de su creador y primer director, D. Pedro Franco Dávila. La España imperial era entonces una gran potencia mundial y el Gabinete pudo recibir los más sorprendentes especímenes de todos los rincones del planeta. Esto sin duda contribuyó a que pronto el espacio que se le había reservado compartiendo edificio con la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, en la madrileña calle de Alcalá, se quedara pequeño. Para paliar este problema se inició la construcción de un gran edificio para albergar las crecientes colecciones del Gabinete en lo que hoy es el Paseo del Prado. Por avatares de la historia, lo que habría podido ser uno de los más grandes museos de ciencias naturales del mundo, colocando a España al frente de los países líderes en conocimientos científicos en Ciencias Naturales, fue finalmente destinado a albergar obras de arte y nos dotó de una de las pinacotecas más importantes del planeta, el Museo del Prado. Quedarse sin la sede que tan cuidadosamente se había planificado para albergar los tesoros de la naturaleza no impidió el desalojo del Gabinete de su ubicación, que pasó a ocupar los sótanos del edificio de la Biblioteca Nacional, donde durante años continuó realizando sus tareas de investigación y divulgación científica como buenamente pudo. Allí tampoco podía seguir eternamente, así que se le buscó otra ubicación, esta vez ocupando espacios en el ala norte del edificio que ahora ocupa, el Palacio de las Artes y la Industria, que comparte todavía hoy día con la Escuela de Ingenieros Industriales. Así la historia de España dejó a la ciencia de lado, arrinconada y maltratada, y una de las instituciones científicas más antiguas del país continúa sin disfrutar, tras más de 200 años de singladura, de una sede propia. El que podría ser uno de los más grandes museos de historia natural del mundo y un atractivo turístico de primera magnitud en el centro de la capital se ve obligado a almacenar sus millones de muestras de manera precaria y convive con dificultades de todo tipo para que sus visitantes puedan disfrutar de sus exposiciones. A la vista de nuestra historia resulta difícil pensar que la situación cambiará, al menos en breve plazo. Me gustaría pensar que, por fin, en algún

momento, los estamentos políticos implicados se darán cuenta del gran tesoro que tienen y del partido que le pueden sacar y dedicarán un pequeño esfuerzo a dotar a esta institución de la infraestructura mínima para desempeñar su cometido de investigación y difusión de conocimientos de una manera digna. Creo que ninguna de las grandes capitales europeas se permitiría el lujo de tener una de su instituciones científicas más antiguas en una situación tan precaria. No soy muy optimista al respecto, pero, al fin y al cabo, la ciencia en nuestro país nunca ha dispuesto de suficientes recursos y, sin embargo, seguimos empeñados en cumplir con nuestras obligaciones. La actividad que realizamos en el museo, tanto en investigación, con más de setenta científicos en plantilla, como en las colecciones, con varios millones de ejemplares y aumentando, al igual que en las exposiciones y programas públicos, con cientos de actividades realizadas cada año para nuestros visitantes, siguen desarrollándose con plena pujanza y mantenemos el compromiso de hace 240 años de divulgar conocimientos a todos los que nos visitan. No cejaremos en el empeño.

El diseño y la coordinación de exposiciones es un trabajo apasionante donde confluyen conceptos tan variados como la creatividad, la estética, la didáctica, la planificación y gestión... una serie de estimulantes fases en las que al final es necesaria una ordenación del pensamiento y del espacio que convierta una exposición en «uno de los más importantes útiles de diálogo y concienciación con la comunidad» (Marc Maure, 1996); todo un sistema de conceptualización, interpretación y materialización de ideas y conocimiento que supone un reto para los que lo llevamos a cabo.

Para una bióloga como yo, participar en la producción de exposiciones en el Museo Nacional de Ciencias Naturales es un trabajo muy gratificante que me permite estar en continua conexión con la labor científica de los investigadores, con las extraordinarias colecciones de ejemplares que atesora el Museo (más de ocho millones), con parte de la memoria escrita de la institución custodiada en sus interminables fondos de Archivo, con un patrimonio bibliográfico excepcional y con un largo etcétera de recursos que es necesario completar con el componente humano, un equipo multidisciplinar imprescindible para la consecución de todo proyecto expositivo.

Y al mismo tiempo, es un trabajo de gran responsabilidad, porque al fin y al cabo nuestro objetivo principal es divulgar ciencia, hacer partícipe al público de la importancia de la conservación del medio ambiente y la biodiversidad y hacerlo captando la atención del espectador. Las exposiciones no son libros en la pared, son pequeños espacios del saber donde el visitante, caminando entre vitrinas, debería quedar atrapado emocional e intelectualmente. Al menos eso es lo que intentamos.

Y lo mejor de todo: cada proyecto expositivo que nace es diferente y la rutina es un vocablo que apenas forma parte del trabajo de los que nos dedicamos a esto.

Este libro recoge una de estas exposiciones, aunque, además de ser un catálogo, bien podría tratarse de un libro de historia. Se trata de *Una colección, un criollo erudito y un rey. Un gabinete para una monarquía ilustrada*, una exposición que se remonta al origen del Museo Nacional de Ciencias Naturales, una parte imprescindible de la historia de esta institución sin la que ahora no sería lo que es; una exposición que da visibilidad a la larga lista de personajes y acontecimientos que hicieron posible que abriéramos nuestras puertas al público hace casi 250 años y gracias a los cuales el Museo posee algunos de esos magníficos ejemplares y fondos documentales y bibliográficos mencionados anteriormente.

El protagonista de esta historia es un guayaquileño, Pedro Franco Dávila, artífice del origen del Museo; un personaje muy importante para el avance de la ciencia en España y, sin embargo, al mismo tiempo un gran desconocido, tanto para el público general como para una gran parte del especializado. Su vida bien podría ser llevada a la gran pantalla: viajes,

naufragios, cautiverios... y sobre todo una gran pasión por el coleccionismo y la historia natural que le llevó a formar en París uno de los gabinetes de historia natural y curiosidades de arte más importantes de la época y que luego adquiriría el rey Carlos III para España. Nosotros somos la continuidad de ese Real Gabinete.

Partiendo de estas premisas, del hecho de que el 4 de noviembre de 2016 se cumplen 240 años de la apertura al público del Real Gabinete (¿Por qué celebrar los 240 y no los 250? ¿Y por qué no?) y de que, además, este mismo año se celebre el tercer centenario del nacimiento de Carlos III, protector del mismo, el momento no podía ser más propicio para que esta exposición tuviera lugar.

Desde el punto de vista expositivo, ha sido un proyecto tan emocionante como complejo, porque las exposiciones históricas suponen algunos retos añadidos: ¿cómo resumir casi medio siglo de acontecimientos históricos y sus personajes más emblemáticos y mostrarlo de una forma amena y atractiva para los visitantes? ¿Cómo conseguir que conozcan nuestra historia sin perderse en un maremágnum de nombres, fechas y lugares? ¿Cómo mantener su interés?

Esperamos haber conseguido salvar estas dificultades, aunque sea en una pequeña parte y que disfruten de esta exposición y de este libro tanto como nosotros hemos disfrutado preparándolos. Están hechos con gran respeto y admiración: hacia todos aquellos que hicieron posible que el Real Gabinete abriera sus puertas; hacia los que continuaron con esa labor, impulsando la ciencia en España, y a los que lo siguen haciendo hoy en día. Y también a todos los que dedican parte de su vida y de su trabajo a sacar a la luz y posicionar en el lugar que les corresponde a tantos nombres olvidados en la trastienda de la historia. He tenido el privilegio de trabajar con uno de estos últimos, obstinado desde hace años en dar a conocer la figura de Pedro Franco Dávila y el importante papel que tuvo en el Museo. Es Javier Sánchez Almazán, comisario de esta exposición y al que agradezco enormemente haberme propuesto caminar juntos en este proyecto realizado bajo la dirección de Santiago Merino.

Cuánto he aprendido.

JAVIER SÁNCHEZ ALMAZÁN

Comisario de la Exposición

Las huellas desvanecidas del Real Gabinete de Historia Natural y la recuperación de una memoria

Anotaciones a modo de introducción a propósito de un largo olvido

Los años finales del Real Gabinete de Historia Natural, prácticamente desde que Clavijo dejó la institución en 1802, pasaron, como España entera, por la terrible prueba de la guerra contra Napoleón. La contienda, terriblemente violenta, arruinó el país, sembrando la destrucción y la muerte en buena parte del territorio nacional y truncando muchos de los proyectos e instituciones puestos en pie tan dificultosamente en el período postrero de la Ilustración.

Ello explica en parte el olvido en que paulatinamente fue cayendo la labor realizada por el Real Gabinete. Una labor realmente meritoria, llevada a cabo a menudo con grandes limitaciones —de personal, de medios económicos, de espacio—, sobre todo tras la muerte en 1788 de Carlos III, rey que había sido el gran protector de la institución. Otra parte de esa pérdida de la memoria del legado de una institución que durante años estuvo —junto con el Real Jardín Botánico— a la vanguardia del desarrollo de la historia natural en España puede achacarse al desprecio con que los protagonistas del siglo XIX —en nuestro país y fuera de él— trataron por lo general las realizaciones de la centuria anterior. Los acelerados progresos que se sucedieron en el nuevo siglo en todos los órdenes —verdaderamente deslumbrantes— relegaron pronto el trabajo hecho por los ilustrados, olvidando que en el siglo XVIII se pusieron las bases no solo de los avances técnicos y científicos posteriores, sino de la propia concepción de la vida humana y los principios de la modernidad.

En lo que se refiere a nuestro país, el alejamiento aún fue mayor debido a las convulsiones sociales y políticas en que España se vio inmersa, comenzando con la pérdida de la mayoría de los territorios americanos y el declive como potencia en el concierto internacional. El caso es que el Real Museo de Ciencias Naturales, nombre que adoptó el Real Gabinete a partir de 1815, atravesó también, en sintonía con el país, épocas muy duras. Una lucha denodada por sobrevivir contribuyó también al olvido y, en tales circunstancias, la memoria de Dávila, de Clavijo y de cuantos habían sostenido la vieja institución carolina se fue desvaneciendo, cuando no desvirtuando.

Ya en el siglo XX, sobre todo en su segunda mitad, la multiplicación de las investigaciones sobre la Ilustración, que han ido esclareciendo los más diversos aspectos del iluminismo en nuestro país, en particular la época carolina, han dejado de lado tozuda e incomprensiblemente la historia del Real Gabinete. Los estudios académicos —hasta los que tienen como objeto específico la historia de la ciencia— se han desinteresado hasta tal punto del tema que las aportaciones que sobre él y sobre la figura de Dávila se han hecho han provenido en su mayor parte de personas cuyo campo profesional no era la historia o no formaban parte en sentido estricto del

ámbito académico. La primera obra que abordó la historia del Museo de Ciencias —incluido el período del Real Gabinete— fue la del padre Agustín J. Barreiro, *El Museo Nacional de Ciencias Naturales (1771-1935)*. En ella, con un tesón encomiable, el autor, que era fundamentalmente un naturalista, realizó un registro cronológico de cuantos hechos destacables ocurrieron en la institución desde sus inicios hasta las puertas de la Guerra Civil, tal y como expresa su título. La proporción dedicada al Real Gabinete suponía menos de una quinta parte de la obra.

Por esas fechas, un escritor, periodista e historiador ecuatoriano, Abel Romeo Castillo, llevaba a cabo su particular investigación sobre Pedro Franco Dávila, su histórico paisano. Su labor salvó una serie de valiosos documentos que explicaban la vida del Real Gabinete, su creación y su desarrollo. Documentos que, consultados en el Archivo General Central del Palacio Arzobispal de Alcalá de Henares años antes de que este sufriera la irremediable pérdida tras el incendio desencadenado en agosto de 1939, mecanografiados y luego donados al Archivo Histórico Nacional, pueden estudiarse, lo que permite reconstruir una parte vital de la historia de la institución. Eso es lo que hizo en 2004 Miguel Villena Sánchez-Valero, que, desde su puesto de conservador de la Colección de Invertebrados del Museo Nacional de Ciencias Naturales (MNCN), abordó la empresa de esclarecer la figura de Franco Dávila, siguiendo la estela que había iniciado casi veinte años antes María de los Ángeles Calatayud Arinero.

Calatayud Arinero dirigió durante casi cuatro décadas, hasta mediados de los noventa, el archivo del MNCN ordenando cronológicamente los fondos del Real Gabinete, cuya relación publicó, con un resumen explicativo de cada documento, en varios catálogos, una labor fundamental para quienes después nos hemos dedicado a investigar en el archivo rastreando los sucesos de esa época. Calatayud Arinero había escrito también en 1988 la primera biografía documentada de Dávila, *Pedro Franco Dávila y el Real Gabinete de Historia Natural*. Cabe citar algunos otros trabajos, como los del profesor Emiliano Aguirre —el brillante paleontólogo Premio Príncipe de Asturias 1997 a la Investigación Científica y Tecnológica por su trabajo en Atapuerca—, quien fue director en funciones del MNCN durante un año y publicó, en solitario y también con Adelaida Orbiso y María Soledad Vicente, algunos artículos sobre la iconografía zoológica en el Real Gabinete, o el de Ángel Montero, que en su tesis de 2003 sobre las colecciones de Paleontología del MNCN abordaba algunos aspectos del *Catálogo* de Dávila y de sus colecciones de fósiles.

Todos estos precedentes fueron tenidos muy en cuenta por Miguel Villena y quien esto escribe cuando acometimos en 2004 la empresa de investigación que daría como resultado el libro *El gabinete perdido. Pedro Franco Dávila y la Historia Natural del Siglo de las Luces* —que tal es su título completo—, aparecido en 2009, por desgracia un año después del fallecimiento de Miguel. En esa obra Villena se ocupó, entre otras muchas cosas, de documentar la creación del Real Gabinete y la labor de Dávila como primer director de la institución mientras yo abordaba el estudio de una parte del *Catálogo* de Dávila —el correspondiente a las colecciones de Invertebrados, en las que yo trabajaba entonces de ayudante bajo la dirección de Miguel—, su traducción del francés y su análisis científico, además de seguir los contactos establecidos por Dávila con el mundo ilustrado en su estancia en París.

La obra tuvo su continuidad, por desgracia ya sin la inapreciable ayuda de mi amigo Miguel, tres años después con el libro *De Guayaquil a la Royal Society. La época y la vida de un ilustrado criollo*, trabajo coral de seis autores del que fui coordinador, para conmemorar el tercer centenario del nacimiento de Dávila, tratando aspectos nuevos de la obra y la vida del guayaquileño —desarrollado por el autor de estas líneas— y estudiando algunos apartados específicos, como la estrecha relación del rey Carlos III con la institución —capítulo debido a Ana Mazo Pérez—, la colección mineralógica de Dávila —a cargo de Begoña Sánchez Chillón—, el coleccionismo en el Real Gabinete de curiosidades del arte procedentes de Extremo Oriente —por Delia Sagaste Abadía—, la colección Van Berkheij —por Carmen Velasco Pérez— y el mobiliario y los instrumentos científicos de época que el MNCN conserva —por Julio González Alcalde—.

Desde que un día de verano del año 2004 Miguel me propusiera participar en esta empresa de investigación, siguiendo los pasos olvidados de una figura verdaderamente excepcional en muchos aspectos, como fue Franco Dávila, han sido muchas las horas dedicadas al estudio de su obra y su figura, así como a la historia del Real Gabinete. Una labor que me ha llevado a publicar algunos artículos, además de los dos libros mencionados, dar varias conferencias en instituciones de primer relieve, como el Museo de América —en 2009—, la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando —donde organizamos un ciclo conmemorativo del tercer centenario de Dávila en 2011— o el Museo del Prado —donde participé en 2013, gracias a la generosa invitación de Miguel Ángel Blanco, con motivo de su impactante exposición *Historias Naturales*—. El penúltimo acto al servicio de la memoria de Dávila y el Real Gabinete ha sido este verano, en el curso celebrado por la UNED en Aranjuez a principios de julio, con la ponencia «Naturalistas para un rey ilustrado. Carlos III y el Real Gabinete de Historia Natural», como parte de los actos que por todo el país se han venido sucediendo con motivo del tercer centenario del nacimiento de Carlos III.

Y digo penúltimo acto porque todavía hay más por venir. Este catálogo es una prueba de ello. En él presentamos el contenido de la exposición *Una colección, un criollo erudito y un rey. Un gabinete para una monarquía ilustrada*, inaugurada el 4 de noviembre y en la que conmemoramos el 240 aniversario de la apertura al público del Real Gabinete de Historia Natural. Cuando hace aproximadamente un año me propusieron ser comisario de esta exposición, a pesar de que era algo que nunca antes había hecho y del trabajo adicional que suponía para mí, conservador de la Colección de Invertebrados en la que no faltan tareas que realizar, no pude negarme ya que me pareció una oportunidad magnífica para difundir lo que durante tanto tiempo ha sido uno de mis objetos de estudio. También pensé que a Miguel le habría agradado mucho ver este momento, culminación de lo que hace ya doce años iniciamos juntos. Si accedí a asumir este papel, fue también porque en la empresa estaba implicada Cristina Cánovas Fernández, coordinadora de exposiciones del MNCN, una persona excepcional en muchos aspectos. En ella se reúnen entusiasmo, inteligencia, creatividad, capacidad de trabajo y de gestión, amabilidad y un saber hacer que es resultado de su experiencia de varios años en este campo. Los dos, con el apoyo incondicional de nuestro director, Santiago Merino Rodríguez, y la ayuda de otros compañeros del mu-

seo, como Pilar López García-Gallo —directora del Departamento de Comunicación y Programas Públicos—, Alfonso Marra Tejada —arquitecto—, Alfonso Nombela Gómez y Miguel Vela Casado —expertos en grafismo—, Jesús Juez Antonio —encargado de restauración—, Jesús Muñoz Fernández y Fernando Señor Martínez —del Servicio de Fotografía del MNCN— y Josefina Cabarga Gómez, de la Sociedad de Amigos del Museo, hemos trabajado durante meses para que este proyecto saliera adelante.

Desde aquí quiero también agradecer a todas las instituciones que nos han apoyado o escuchado, empezando por aquellas que nos han prestado piezas para la exposición: el Museo de América, el Museo Arqueológico Nacional, el Museo Nacional de Artes Decorativas, el Museo Naval, el Museo del Traje, el Museo del Prado y la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando. Aquí se incluyen mis compañeros de las colecciones del MNCN que han colaborado en la exposición: Mamíferos, Aves, Herpetología, Ictiología, Malacología, Artrópodos No Insectos, Invertebrados, Geología, Bellas Artes e Instrumentos Científicos, así como quienes trabajan en el Archivo y la Biblioteca. El agradecimiento se hace extensivo a la secretaria de Estado de Investigación, Desarrollo e Innovación, Carmen Vela Olmo; al vicepresidente de Organización y Relaciones Institucionales, José Ramón Urquijo Goitia; a la directora de la Oficina de Turismo y Cultura de la Comunidad de Madrid, Anunciada Fernández de Córdova; al responsable de la Subdirección General de Museos Estatales del Ministerio de Cultura, Miguel González Suela; al director de la Dirección de Colecciones Reales de Patrimonio Nacional, José Luis Díez García; al director de Editorial CSIC, Ramón B. Rodríguez; al embajador de Ecuador, Miguel Calahorrano Camino, y al responsable de la Consejería Cultural de dicha embajada, Juan Carlos Coéllar Mideros. Nuestro reconocimiento a Editorial CSIC. Un agradecimiento muy especial va dedicado a don Carlos Alberto Bermúdez Marín, maquetista de Guayaquil, de la empresa MARDEZ, que generosamente ha donado la espléndida maqueta del convento de San Vicente de Guayaquil de 1730 que presentamos en la exposición. Una obra que ha venido a España con la desinteresada colaboración de la Embajada de Ecuador y de la Sociedad de Amigos del MNCN.

Aún hoy, tras toda la divulgación que se viene haciendo de la figura de Dávila y de la historia del Real Gabinete, subsiste el desconocimiento en torno a ambos, mezclado con todo tipo de errores y tópicos. Una doble causa puede explicar las limitaciones a la hora de difundir las investigaciones sobre estos temas. Por un lado, los obstáculos para hacer llegar estos datos al gran público, algo que resulta hasta cierto punto bastante natural. Por otro, la dificultad de suscitar el interés del mundo académico, ámbito de por sí bastante cerrado a todas las aportaciones que no provengan de su seno, y más en un país como el nuestro. Algo que, si bien se mira, ya no parece tan natural ni tan lógico. Esperemos que con esta exposición y el ciclo de conferencias que tendrá lugar a finales de año en el MNCN, como complemento a aquella, se pueda paliar en parte tal desconocimiento.